

Editorial

Desprecio y aprecio del patrimonio arquitectónico

En la actual forma de entenderlo, extendido más allá de la arqueología y de la historia del arte, invadiendo aún nuestro entorno con su presencia menguante y lacerada, el patrimonio arquitectónico recibe hoy un cierto apoyo que le presta la atención suscitada con más éxito por la problemática general del medio ambiente.

En este nuevo contexto, la conservación de dicho patrimonio se incorpora a las inquietudes de organismos internacionales y salta a la luz pública dando lugar a la aparición de un momento propicio para mover a la reflexión, a la alarma y a la acción, en relación con nuestra situación nacional al respecto. Ello supone saltar por encima de la simple comparecencia alrededor del tema, a reclamo internacional, con una muestra de restauraciones más o menos afortunadas, de entre las que los organismos encargados han repartido por el país, en una actuación que, tanto por sus limitaciones materiales como por su propio planteamiento de gracioso regalo administrativo, nada puede hacer en relación con el tema fundamental de la progresiva destrucción de un patrimonio que no está hecho sólo de monumentos y cuya salvación exigiría condiciones generales de orientación tan diferentes de las actuales que resulta difícil pensar con cierto optimismo en el futuro.

Si el patrimonio arquitectónico es parte constitutiva del medio ambiente, nada puede extrañar que su proceso de destrucción haya quedado incluido en el general proceso de degradación de éste en las dos últimas décadas, de la mano del tipo de desarrollo económico que en el país se ha producido. En este sentido, la destrucción del patrimonio arquitectónico español es también una parte más del precio que ha requerido ese tipo de desarrollo, con sus dos vertientes de manifestación, producidas por los desequilibrios regionales: la destrucción por eliminación rápida y directa para la inmediata sustitución con asegurada rentabilidad mayor, que actúa de forma convulsiva en las áreas más dinámicas, "motores del desarrollo", y en general en todas las formaciones urbanas receptoras de la construcción lenta, por simple

abandono, que se produce contrariamente en las áreas deprimidas y, en general, en importantes sectores del medio rural en vaciamiento.

Pero a la constatación de estas circunstancias de innegable contundencia como marco de la situación y explicación de los hechos en primera instancia, habría que añadir la consideración de otro aspecto del tema que, si hubiese tenido un entendimiento diferente y hubiese suscitado diferentes actitudes, podría tal vez haber incidido críticamente en el planteamiento de exigencias correctivas de aquel tipo de desarrollo, aunque otra cosa es que dichas exigencias hubiesen servido realmente para algo más que para manifestar la disconformidad e iniciar una toma de conciencia. Se trata del enfoque cultural del problema, especialmente referido a los ámbitos profesionales más directamente relacionados con el mismo.

Es necesario recordar, en efecto, cuáles han sido las actitudes mantenidas al respecto en el enteco panorama de la cultura urbanística española hasta fechas muy recientes, actitudes que hoy resultan un tanto incomprensibles pero que ahí estuvieron con todo su peso condicionante. Porque al lado de las posiciones historicistas, nostálgicas y evocadoras de glorias triunfales pasadas o de remansadas quietudes perdidas, se daba casi como única alternativa la exaltación de una libertad iconoclasta al servicio de una concepción de la ciudad basada en unas afirmaciones que descansaban temerariamente en la negación de la historicidad como valor en sí mismo, y en su superación a través de unas necesidades humanas fundamentales, pobremente esquematizadas al margen de toda referencia a un encuadre en una historia y una geografía particulares.

Era toda la herencia del racionalismo lo que se recogía. Herencia cuya natural evolución había quedado cortada entre nosotros por el contundente trauma de la guerra civil, el posterior aislamiento y la orientación cultural impuesta. Herencia con la que, sin embargo,

había pretendido enlazar una disconforme pero desconcertada vanguardia profesional, con oportunidad tanto más dudosa cuanto más avanzaba en el resto de Europa la revisión de aquellas actitudes para redescubrir, en cambio, el valor de la identidad histórica de lo urbano y de la concepción de la ciudad como ente histórico evolutivo y enraizado. Estaba demasiado cerca la forzada exaltación historicista y tradicionalista, obviamente elaborada en apoyo de una ideología que la tenía toda y la convertía en emblema y expresión. La disconformidad se hacía antitradicional y antihistórica, al reencuentro de un racionalismo prolongado. Y así seguimos tirando durante muchos años, entre no pocas ambigüedades y contradicciones.

Hasta que llegó el desarrollo, y con él unas nuevas actitudes políticas a cuyo "progresismo" tecnocrático convenían esas actitudes culturales capaces de darle al país el deseado aire de modernidad y de pujanza, aunque fuese a cambio de una paralela pérdida de la "identidad comunitaria, necesaria para la proyección del futuro", por destrucción del valor de lo histórico entendido como "acumulación de contenidos culturales creados por el aporte de las generaciones sucesivas" en esos "lugares de la memoria colectiva" que son las ciudades. El resultado ya lo conocemos y nos urge a que la reacción se deje sentir al menos en la disconformidad.

La elaboración de una teoría que avale la crítica, y de unos objetivos que concreten una política al respecto, es, sin duda alguna, una de las más incitantes tareas que se están requiriendo. No vale que sigamos mirando lo que muestran experiencias ajenas y que continuemos viviendo, también en esto, de prestado, según hemos señalado ya en estas mismas páginas, en ocasiones anteriores, en relación con otros sectores de nuestra pobre cultura urbanística. Hay una esperanza clara en el notable interés que el nuevo tratamiento de lo histórico despierta en las áreas más jóvenes del mundo profesional.

F. T.